

Jorge Gomes Miranda, *El accidente*, Torrelavega, Quálea Editorial, 2009. Traducción y prólogo de José Ángel Cilleruelo.

LA VIDA DE LAS COSAS

La edición bilingüe de *El accidente*, de Jorge Gomes Miranda (Oporto, 1965), supone una extraordinaria oportunidad para que el lector se acerque a una de las obras más singulares de la actual poesía portuguesa. El libro, publicado originalmente en 2007, remite al accidente ontológico (la Creación) y a la tradición filosófica que tiende a contraponer sujeto y objeto. Frente a esta premisa, el texto de Gomes Miranda se caracteriza por la voluntad de dotar de voz a lo inanimado y por el afán de presentar la experiencia humana como una mera sucesión de acontecimientos triviales sin apenas relieve. *El accidente* consta de veintiún monólogos dramáticos protagonizados por distintos objetos, que ofrecen una visión caleidoscópica de su dueño y esbozan un relato fragmentario de sus existencias. Se trata, en efecto, de una *poesía de las cosas* en la que se funden la palpitación anímica y la transfusión cordial. Las tensiones y distensiones de la identidad, los juegos de espejos y espejismos, las alusiones y elusiones van tramando una narración elíptica a cuya construcción asiste el espectador de las secuencias. Aunque con Pessoa descubrimos que *el poeta es un fingidor*, Gomes Miranda lleva al paroxismo su simulacro: al fingir que carece de voz propia, el lector se ve obligado a completar las zonas de incertidumbre y a proyectar una mirada perspectivista sobre el difuso territorio de la subjetividad. Sin embargo, el poeta no se contenta con desarrollar la estrategia lírica que articula las composiciones, sino que establece un curioso diálogo entre los objetos y los demás personajes que pueblan los versos: un padre, un hijo y la evocación de una mujer ausente, cuyos contornos sombríos contrastan con los vívidos matices de las cosas cotidianas.

La ritualización de los gestos y la reiteración mecánica de ciertas costumbres son las únicas consecuencias visibles del *accidente*: «Repite este gesto una y otra vez», advierte «Taza», el poema inicial. En él, el sujeto contemplado contempla a su vez la televisión mientras bebe con desgana una taza de té. Desde este momento, los objetos adquieren categoría de metáfora y cobran una insospechada dimensión. Así ocurre con el «Billete de tren» donde se cifra el emblema del destino, el «Calendario de bolsillo» que condensa el paso del tiempo en un presente perpetuo, o la «Mecedora» que custodia los antiguos recuerdos. Estos

poemas alternan con algunas estampas bimembres que muestran la *desfiguración* del personaje, a partir de la elaboración de un símbolo especular: el rostro expuesto al reconocimiento («Hoja de afeitarse I y II»), el instantáneo flash de una fotografía («Cámara fotográfica I y II») o las imágenes intuitas a través del cristal («Vaso I y II»). En otras ocasiones, los objetos se erigen en correlato emotivo y representan determinados estados de ánimo: la sensación de pérdida se asocia con una «Pinza de la ropa» aquejada de vértigo, un «Casete» sentimental o un «Despertador» convertido, por imperativos vitales, en vigilante del insomnio. Por su parte, «Maleta de viaje» y «Teléfono móvil» encarnan ideas más optimistas, pues la soledad del individuo está contrarrestada por la posibilidad del (re)encuentro. Ejemplo de ello es el abrazo final de «Maleta de viaje» o la conversación —mar y caracola— que cierra «Teléfono móvil». En esta dirección, destacan aquellos textos que recrean el paisaje privado del sujeto. La biblioteca personal («Estantería»), los útiles de escritura («Lápiz» y «Cuaderno») y el espacio de trabajo («Mesa de trabajo», «Ordenador») diseñan la cartografía íntima donde tiene lugar el otro accidente que da sentido al libro: la transformación de la memoria en caligrafía y la cristalización literaria de la experiencia.

En definitiva, *El accidente* propone una arriesgada y original teoría poética: «el libre albedrío raras veces se le concede / a quien sólo posee los límites de ser / un simple artefacto humano» («Cuaderno»). La cosificación de los individuos y la elevación lírica de la materia —consciente de su condición fugaz, inestable y perecedera— convocan una sugerente cadena de causas y efectos. Para Gomes Miranda, los objetos y sus poseedores expresan una dependencia mutua. La intersección entre ambos planos genera las grietas de significado, las omisiones deliberadas y el «clímax engastado» que José Ángel Cilleruelo menciona en su inteligente prólogo: una soterrada emoción, no exenta de ironía, que adquiere densidad mediante las redes asociativas que conectan el conjunto. *El accidente* se sitúa a medio camino entre la tonalidad reflexiva y la emoción estética, el repliegue introspectivo y la apertura al exterior, los paisajes del alma y la vida secreta de las cosas. He aquí un bodegón repleto de naturaleza viva, un libro fugaz y perdurable que recoge «cada estrato de la conciencia del mundo».

LUIS BAGUÉ QUÍLEZ